



La Venida de Emmanuel

Cada Domingo confesamos que el Hijo Eterno es “*consustancial* con el Padre.” El *Catecismo* explica que esta extraña palabra significa que “en el Padre y con el Padre, el Hijo es el uno y el mismo Dios.”

Confesamos también que el Hijo Amado del Padre “*se encarnó* de la Virgen Maria.” De ella Él tomó carne—nuestra carne, la tuya y la mía. Pero la Encarnación, como enseña el *Catecismo*, “no quiere decir que Jesucristo sea parte Dios y parte hombre.” Por el contrario, “Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios.” El Hijo de María es verdadera y plenamente humano tal como es verdadera y plenamente Dios. En su divinidad, Él es consustancial al Padre; en su humanidad, Él es consustancial a nosotros. Junten “encarnado” y “consustancial,” y se obtiene el nombre del Salvador que asociamos con la Navidad: “Emmanuel” — es decir, “Dios con nosotros.”

Él es Emmanuel porque *quiere* ser con nosotros. Tú y yo no teníamos ninguna opción en tomar nuestra carne; cuando Dios nos llamó a existir in el vientre de nuestra madre, no pidió nuestro consentimiento en adelante. En contraste, desde la eternidad entera el Hijo del Padre libremente *eligió* estar “con nosotros” en la plenitud de los tiempos. “Él no hizo alarde de ser Dios,” San Pablo nos dice; más bien, “Él se despojó de sí mismo” para nacer y habitar

entre nosotros. El Hijo del Hombre se hizo consustancial con nosotros para que nos hiciéramos plenamente humanos en Él y así compartiéramos su vida divina. “Él apareció,” dice el canto, “y el alma sintió su valor.” Es ese el milagro que la Navidad renueva para nosotros cada año.